

## PRÓLOGO

Los usos y costumbres académicos aconsejan empezar reconociendo el honor que se me hace al presentar este libro de homenaje al profesor Manuel Casado. Desde luego, es un gran honor, que agradezco, pero también un reto. Al menos, por dos motivos: en su mayoría, los lectores de esta obra serán filólogos (y eso impone lo suyo cuando de escritura se trata); pero sobre todo porque el homenajeado se caracteriza por una modestia que le hace huir del elogio como de la peste. Y lo que se espera de una pieza así es precisamente que sea una alabanza.

Afronto con resignación la primera circunstancia. En cuanto a la segunda, no me queda sino pedir perdón al profesor Casado. Como sabe bien un lingüista de su categoría, los textos tienen sus exigencias que conviene respetar. En este caso, además, los méritos sobreaman y el elogio puede ajustarse a la verdad. De modo que, lo siento, querido Manolo, aunque, al menos, seré breve.

Como rector de la Universidad en la que el profesor Casado ha servido tantos años, agradezco las aportaciones que contiene este libro. Ponen de relieve los méritos académicos en diversos órdenes de quien ha sido una referencia de su especialidad y un maestro para varias generaciones de estudiantes, entre los que me cuento, por cierto (pude beneficiarme de la gran calidad de su docencia y de su interés sincero por cada alumno). No tendría sentido que abundara en esos reconocimientos concretos, justamente ponderados por colegas y discípulos en las páginas que siguen. Conste en todo caso mi admiración por sus logros: da alegría comprobar cuánto cunden las vidas de los grandes universitarios.

También debo dejar constancia del agradecimiento de la Universidad por su labor entre nosotros, en particular por su tarea de gobierno. No carece de cierta dificultad gobernar en la institución universitaria. Manuel Casado lo ha hecho en diferentes responsabilidades, entre otras: director de estudios, decano y vicerrec-

tor. Y lo ha hecho muy bien, movido por su sólida vocación de servicio —única vacuna eficaz contra el afán de mando para el brillo personal— y una muy característica sabiduría práctica de quien como fraile tiene bien presente sus tiempos de cocinero.

El gran canciller de la Universidad de Navarra, monseñor Fernando Ocáriz, en una reciente ceremonia de concesión de doctorados *honoris causa*, nos animaba a hacer de la Universidad un lugar de esperanza. Razonaba así: “Es frecuente oír que vivimos en tiempos de crisis e incertidumbre. Paradójicamente, en medio de un progreso y bienestar nunca alcanzados hasta ahora, vemos agotarse la energía que impulsa a personas y sociedades. ¿De dónde puede surgir la savia que las nutra y les dé vigor? Una parte importante de la respuesta se puede encontrar en una educación genuina, en el poder transformador de las personas que piensan por sí mismas, sin dejarse dominar por las modas, y que fijan el rumbo de sus vidas, recorriéndolas con sentido: *como peregrinos y no como errantes*. Todos percibimos que los cambios estructurales o legales tienen una incidencia limitada para configurar la sociedad. Lo decisivo son siempre las personas”<sup>\*</sup>.

La trayectoria vital de Manuel Casado es un buen ejemplo de ese poder transformador de la educación. Como docente, como investigador, como compañero de claustro, como hombre de gobierno, su tarea ha sido fecunda porque para él lo prioritario han sido las personas. Con su talante servicial y su espíritu magnánimo, Manolo es ese amigo leal cuya disponibilidad no tiene límites, siempre con *la rama preparada para la rosa justa*, que diría su admirado Juan Ramón.

Nada más natural y justo que ahora, cuando se le rinde homenaje en su despedida como profesor, la bonhomía de Manuel Casado coseche tantas muestras de agradecimiento y amistad, como la que tiene el lector entre sus manos.

Alfonso Sánchez-Tabernero, rector de la Universidad de Navarra

---

<sup>\*</sup> Monseñor Fernando Ocáriz, discurso de clausura del acto de investidura de doctores *honoris causa* a los profesores Ruth Fine, Robert G. Picard, Rafael Moneo y Margaret Archer. Pamplona, 28 de junio de 2019.